

UNA IRLANDESA EN LA SANTA CROCE

Alberto Frutos Dávalos

Ganador

UNA IRLANDESA EN LA SANTA CROCE

Desde arriba, desde el campanario de Giotto o desde la cúpula de Santa María del Fiore que ejecutó Brunelleschi, más alta todavía que el primero, ves una ciudad rojiza, igual que un tahúr avergonzado al que has descubierto con todos los ases en la manga: no solo oros, copas, bastos o espadas, qué va, sino una colección inabarcable que reúne los palos de todas las barajas que en el mundo han sido: francesas, americanas, orientales...

Así es Florencia: una jugadora ventajista que sabe que no puede perder la partida; pues, en cada uno de sus rincones, guarda un triunfo perentorio e irreversible. Aquí no hay, como en esa película que vimos de niños, un deshollinador que nos invite a saltar a una acuarela pintada en el suelo; pero, entre sus columnas de pórfido, bien podemos cruzar las puertas del Paraíso en compañía de Ghiberti: no nos montaremos en un tiovivo ni cantaremos la canción del "do-re-mi"; pero asistiremos a la solemne recepción de Salomón a la reina de Saba o seremos los primeros -es decir, los segundos- en descifrar el sueño del Faraón.

Húmedas sobre el Puente Viejo, las joyerías se amontonan sobre el río Arno -sus aguas son color espinaca-, aguardando a que el hombre araña les dé una piadosa mano de pintura. En Florencia, los días se suceden entre gigantes: el "David" de Miguel Ángel -con esa mano libre, ¿no es cierto?, tan desproporcionada-, o su copia en la plaza de la Señoría; el Neptuno que en la misma plaza castiga con su peso a los caballos marinos; o las estatuas que perseveran en la capilla de los Medici, sujetas a posturas no siempre desahogadas.

Todo es tan grande, en fin, tan noble, que a menudo olvidamos lo pequeño, hasta que la humildad, harta de una belleza que no nos deja cicatrices, se amotina. De repente, como si la vida le fuera en ello, un palacio me susurra que la historia de Florencia no la escribieron solo los Dante, los Lorenzo el Magnífico o los siniestros Savonarola; que, tras las vírgenes que arrancan suspiros en la galería de los Uffizi, hubo unas modelos anónimas que probablemente no brillaran por su santidad, como aquellas que inspiraron al salvaje Caravaggio.

¿Acaso los cabellos que defienden el sexo de la púdica "Venus" de Botticelli o los de esa Flora perseguida por un Céforo con cara de zombie en "La Primavera" no fueron alguna vez alisados por dedos humanos? Yo creo que sí. Y creo, como ese

palacio indiscreto, que las ciudades se hacen más por la noche que por el día, más en la cama que en una cantera, en una lágrima que en una alabanza y en un raptó de ira que en una tregua.

La mañana que visité la iglesia de la Santa Croce me puse en camino con cierto recelo, legítimo por lo que ya he apuntado: demasiado grande y noble, y solemne, y asparentosa. Todas las guías la recomendaban, pese a que se hallaba un poco a trasmano, junto a la Biblioteca Nacional y pasado el puente de Gracia, al sur de la casa Buonarroti. Era, lo diré de una vez, una especie de panteón de hombres ilustres, en el que, además de los monumentos funerarios a Dante, Galileo, Miguel Ángel y Maquiavelo, había una célebre capilla, la de los Pazzi, obra, como la cúpula del Duomo, de Filippo Brunelleschi.

Al igual que aquí y allá, las fotos, sobre todo con *flash*, estaban prohibidas, pero imperaba la desobediencia civil: cada vez que los turistas reconocían la tumba de un inmortal -es paradójico escribir esto-, las luces se disparaban en el oscuro interior de la basílica, de tres naves. No me lavaré las manos, ni atribuiré las citas que siguen a la compra de un manual a los mercaderes del templo; también yo saqué mis fotografías, que ahora tengo sobre la mesa y barajo, seguro de perder.

Así, puedo contaros, aunque tal vez sea superfluo hacerlo, que la inscripción de Galileo dice lo siguiente: "Galilaeus Galileius Patric. Flor. Geometriae astronomiae philosophiae maximus restitutor nulli aetatis suae comparandus hic bene quiescat". Obra de Vasari, el monumento a Miguel Ángel evoca, por su parte, la también incomparable fama de este genio del Renacimiento; y Dante, quien verdaderamente yace en Rávena, merece un serenísimo túmulo, erigido en el séptimo centenario de su nacimiento por una asociación del país. Al autor de "El príncipe" lo sobrevive este epitafio: "Tanto nomini nullum par elogium", que insiste en que ningún elogio alcanzaría a expresar su grandeza.

A la postre, como veis, la vida de los grandes hombres, esos que, por razón de su extraordinaria actividad, se diría que no durmieron nunca, se puede resumir en unas pocas palabras: rimbombantes y en latín, sí; o tan bellas o neutras, también, como las que nos es dado leer en las inscripciones anónimas de cualquier cementerio, entre el musgo que las lame como niebla. La verdadera historia no está en las iglesias ni en el agua donde Tales quiso verlo todo, sino en los camposantos, en las fosas comunes o en esas catacumbas donde los sacerdotes suspenden la visita para rezar a la hora en punto.

Después de ese paseo entre mármol e imaginados ecos, seguí recorriendo el complejo de la Santa Croce: su museo, con un "San Ludovico" en bronce de Donatello, y la capilla de los Pazzi, con el apóstol absorto de Luca della Robbia...; y, cuando ya buscaba la salida, me topé, a la derecha del claustro, con una galería que un pequeño cartel identificaba como el "cementerio moderno".

Lejos del circuito habitual, ese que dictan las señales fosforescentes, nadie se había adentrado en el pasillo, repleto de tumbas en el suelo y algún que otro monumento funerario en las paredes, iluminado por pálidos reflectores, alguno ya fundido. Quizá algún curioso asomara la cabeza, pero, al no ver metales preciosos ni sucedáneos de obras de arte (solo un techo blanco, como de hospital o sala de espera, y unas piedras anémicas y vagas), pasara de largo, convencido de cumplir con el prontuario del perfecto turista: si no viene en el plano, no existe, como esos productos de los que no se hace publicidad en la tele.

Pues bien: existía. Aquel pasillo asfixiante existía. Yo lo vi, permanecí en él más tiempo aún que en el palacio Pitti o que en la Capilla Sixtina de Roma. En su interior no se representaba una escena bíblica, con el inasequible San Sebastián posando con sus flechas junto a la Virgen, ni la cabalgata hacia Belén, ni la batalla de San Román, ni una de las muchas hombradas de Hércules. Representaba, secretamente, sin pincel ni escoplo, la vida de Florencia durante el siglo XIX, una época de la que los libros no decían gran cosa; porque, como por ensalmo, los grandes personajes, esos que nunca duermen, habían desaparecido.

Florencia estaba sola. Se adhiriera o no a la causa unificadora, lo estaba, pues había dejado de ser parte activa del mundo. La ciudad se preparaba para el siglo más inverosímil de su historia: el de la Segunda Guerra Mundial y las inundaciones de 1966, el de un turismo goloso de arte pero incapaz de robar el alma a la belleza y llevársela de regreso a casa. No obstante, la vida había seguido tras sus muros, como lo confirmaba el que la noche y el crepúsculo no hubieran faltado a su encuentro con sus habitantes.

Entre todas aquellas tumbas, me fijé en una grabada en inglés. Cuando viajas hoy, es imposible sentirse extranjero, pues el mundo es una torre de Babel; y, entre la lengua de Shakespeare y el lenguaje de signos, logramos hacernos entender hasta por el hombre de las cavernas. Pero Anna Maria Ball, la chica enterrada, murió como irlandesa en Florencia, y yo no sé si sabía italiano, ni por

qué había viajado a esa ciudad. ¿Por el clima?, me pregunté, y recordé el Grand Tour de los románticos. No era más que una conjetura.

Su historia, tal como la apunté en mi libreta, es esta: "Here rest the mortal remains of Anna Maria Ball, a native of Ireland, who departed this life at Florence, July, 9th, 1844, in her 22nd year. Her life was short but full of suffering, borne with unshaken patience and christian resignation. She was thus prepared to leave this world in peace with the assured hope of a glorious immortality. A brother placed this stone to her memory".

Insisto: no sé nada de Anna Maria Ball, aunque podría caer en la seducción de la mentira, y hacer del fin, como T. S. Eliot, el principio de la Literatura: inventarme a propósito una historia de amor desgraciado que zanjó una tuberculosis; decirnos que encontré el manuscrito de su vida -redactado, cómo no, por el mismo hermano que había archivado sus recuerdos en la piedra-, bajo una columna en el jardín de Boboli o en las fauces de un tritón; o fantasear con la figura de un "deus ex machina" al que Anna dictó sus memorias justo antes de morir. Pero no. Solo puedo repetir que murió a los veintidós años, tras una vida llena de sufrimientos, y que lo hizo en paz.

Cuando me marchaba de la basílica, sintiendo que había aprendido algo nuevo y distinto, me acordé de una amiga, Beatriz, que, también a los veintidós años, se fue a Florencia, a pasar un fin de semana o tal vez algunos días más; y que, antes de coger el avión, me escribió un mensaje en el que, de broma, me comparaba con Virgilio. Estaba enamorado de ella -si no, no la habría recordado-; y pensé que también Beatriz había sufrido mucho, y deseé que en ese momento estuviera conmigo en la Santa Croce, o que, en su primera visita, hubiera visto lo mismo que yo: esa tumba, esa vida anónima salvada con un gesto. Le gustaba Julio Cortázar y hacía como él: se paraba en las calles, leía las placas, y se aprendía la leyenda de los *graffitis*.

Me pregunto por qué esperamos a que la Historia o la Literatura escriban sobre nosotros y juzguen si estábamos o no preparados para dejar este mundo. Me pasa cuando viajo que echo de menos a la gente que más quiero, y que me enamoro de personas a las que no conozco, incluso de los muertos.